

SANDRA SANTANA

EL LABERINTO  
DE LA PALABRA

KARL KRAUS EN LA VIENA  
DE FIN DE SIGLO

BARCELONA 2011



A C A N T I L A D O

Publicado por  
A C A N T I L A D O  
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona  
Tel. 934 144 906 - Fax 934 147 107  
correo@acantilado.es  
www.acantilado.es

© 2011 by Sandra Santana Pérez  
© de esta edición, 2011 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición:  
Quaderns Crema, S.A.U.

ISBN: 978-84-92649-91-4  
DEPÓSITO LEGAL: B. 5327-2011

AIGUADEVIDRE *Gràfica*  
QUADERNS CREMA *Composició*  
ROMANYÀ-VALLS *Impressió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *febrero de 2011*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,  
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización  
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total  
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o  
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión  
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta  
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

I  
EL DESPERTAR  
DEL SUEÑO AUSTRIACO

LA CUESTIÓN LINGÜÍSTICA

Claudio Magris, en su obra *El mito habsbúrgico en la literatura austriaca moderna*, propuso el año 1806 como la fecha de nacimiento del ideal *mitteleuropeo*. Éste fue el año en que Francisco II, antes emperador del Sacro Imperio romano-germánico, se convirtió, tras su derrota frente a los ejércitos napoleónicos, en Francisco I, emperador de Austria. Fue entonces cuando los Habsburgo, excluidos del predominio alemán, se vieron forzados a buscar una nueva razón de «existencia y de cohesión de la monarquía», a forjar un ideal de unidad que aglutinase la disparidad de sus múltiples componentes plurinacionales. Esta realidad mítica, sin embargo, nacida de su propia debilidad y cultivada en las obras literarias de Johann Nestroy, Franz Grillparzer y Adalbert Stifter, resultaría insuficiente un siglo después para hacer frente a las numerosas tensiones independentistas de un imperio que llegó a agrupar, bajo un mismo nombre, hasta un total de trece de las hoy conocidas como naciones europeas. Húngaros, checos, eslovenos, eslovacos, rumanos, italianos, serbios, croatas, montenegrinos, italianos, polacos y ucranianos, todos ellos junto a los austro-alemanes como grupo cultural y políticamente dominante conformaban los ingredientes del gran proyecto supranacionalista que coronaba la monarquía habsbúrgica a comienzos del siglo xx.

Testigo de las grietas que comenzaban a percibirse en este ideal de un Estado austriaco cosmopolita y universa-

lista, la periodista Bertha Zuckerandl, hija del que a la sazón fuera director del importante diario liberal *Neues Wiener Tagblatt* (*Nuevo diario vienes*), realiza en 1908 la crónica de una conversación mantenida con el escritor Hermann Bahr y el físico Ernst Mach. En ella se ponen de manifiesto la responsabilidad sentida por los intelectuales ante el desvanecimiento del «sueño austriaco» y la esperanza de que, gracias al arte y a la literatura, pueda inaugurarse en Austria un nuevo comienzo:

MACH: [...] ¿Cómo explico yo el movimiento literario de la Joven Viena? Lo relaciono con el desprendimiento austriaco de Alemania. El año 1866 fue, como usted señala, el momento del nacimiento absolutamente propio de trágicos cambios en determinadas manifestaciones austriacas, intelectuales y artísticas. Expulsados de una totalidad histórica enmasillada, huyen a un país en el que cualquier intervención en la patria, de una poesía y música intactas, permanece inalcanzable.

BAHR: Sí: queremos otorgar figura, forma, color y música al sueño austriaco. Y porque Austria esta compuesta por un irrecuperable conglomerado de pueblos, en la maraña de diversos tipos de almas, es más rica que cualquier otra formación nacional.<sup>1</sup>

El año 1866, en el que Austria pierde la guerra contra Prusia y con ella la posibilidad de marchar a su lado como principal potencia europea, marca según Mach el comienzo de la literatura austriaca moderna. El grupo literario de la Joven Viena, muchas de cuyas ideas e inquietudes protagonizarán las páginas que siguen, nace de la fragmentación de una «totalidad histórica enmasillada» («*einer historisch gekitteten Gesamtheit*»); desde esta posición, sus miembros

<sup>1</sup> Gotthart Wunberg (ed.), *Die Wiener Moderne. Literatur, Kunst und Musik zwischen 1890 und 1910*, Stuttgart, Reclam, 2000, pp. 175-176.

se verán impulsados a la imposible misión de dar color y forma al debilitado «sueño austriaco». Del diagnóstico de estos dos autores emergen los condicionantes históricos que subyacen a la contradictoria esencia del mito habsbúrgico y que provocan en los intelectuales austriacos la toma de conciencia de la fragilidad del Estado nacional así como, simultáneamente, de la reducción de los grandes conceptos de *Volk* y *Geist* a meros signos sin contenido. Este intento de conciliar la igualdad de los diferentes pueblos y el mosaico supranacional con el liderazgo cultural alemán será—siguiendo a Magris—«una de las notas contradictorias del último siglo habsbúrgico».<sup>2</sup> El reinado del emperador Francisco José se caracterizó por el esfuerzo de mantener unido un territorio que, bajo la común denominación de Imperio austrohúngaro, se resquebrajaba en las diversas tradiciones políticas y culturales de sus regiones. El conflicto nacionalista, que ocupó gran parte de la política interior del Imperio durante la segunda mitad del siglo XIX, avivado con las revoluciones de 1848 y extendiéndose hasta la guerra del 1914, tenía como uno de sus centros el problema lingüístico en las áreas donde convivían varias nacionalidades diferentes. En líneas generales, los principales problemas provocados por la disparidad lingüística se concentraban en la educación y en las comunicaciones entre los ciudadanos y la administración, así como entre las diversas administraciones.

Tal vez una de las más caudalosas fuentes de problemas tenía su origen en el movimiento nacionalista checo. Surgido en la primera mitad del siglo XIX como consecuencia de las ideas propagadas en el Romanticismo e importadas,

<sup>2</sup> Claudio Magris, *El mito habsbúrgico en la literatura austriaca moderna*, México, UNAM, 1998, p. 68.

fundamentalmente, desde Alemania, esta tendencia convierte el lenguaje en el núcleo de la recuperación de los valores nacionales. En el territorio de Bohemia se quiere recobrar la lengua checa, que había quedado relegada al uso privado, como lenguaje de la educación y la oficialidad. La lengua alemana pierde así progresivamente su hegemonía entre la alta sociedad y hablar en checo comienza a considerarse un rasgo de distinción, y no únicamente un idioma de campesinos. El checo, más allá de ser un mero indicador de identidad nacional, adquiere progresivamente una significación fundamental de emancipación respecto al Gobierno central germano dominante en Viena. La recodificación de este idioma, basada en el prestigioso modelo del Renacimiento, la elaboración progresiva de terminología checa para todos los ámbitos, los esfuerzos para generar una producción de alta literatura en lengua checa a nivel europeo, todo esto respaldó lingüísticamente la creciente lucha política por la autonomía. A partir de la revolución de 1848 la política lingüística del Imperio se debate en un continuo tira y afloja entre las pretensiones homogeneizantes del Gobierno central y las exigencias, cada vez más ineludibles, de sus provincias.

A finales del siglo XIX se establecieron en las escuelas clases en la lengua vernácula de los estudiantes pertenecientes a minorías en aquellas regiones donde éstas alcanzaban el veinte por ciento de la población. Un sistema de difícil implementación que se complicaba notablemente en la educación superior y universitaria. Las soluciones debían aplicarse teniendo en cuenta las peculiaridades de cada territorio, llegando a establecerse en 1882 una partición en la Universidad de Praga, inicialmente alemana, dando lugar a una segunda institución en lengua checa. Especialmente problemáticas resultaban aquellas zonas cuya po-

blación tenía un nivel cultural superior. En el caso del antiguo Reino de Bohemia—donde las tres quintas partes de la población era checa, frente a dos quintas partes de población alemana—se pactó el establecimiento de una distinción entre «*Landessprache*» (lengua de la región) y «*landesübliche Sprache*» (lengua habitual de la región).<sup>3</sup> La denominación de «*Landessprache*» era aplicada a cualquiera de las lenguas vernáculas habladas por al menos un veinte por ciento de la población: esto es, checo y alemán en las regiones de Bohemia y Moravia, además del polaco en la región de Silesia. De este modo se debía decidir, por ejemplo, en qué lengua se establecerían las acciones administrativas, resolviéndose a partir de 1880 que se realizasen en la lengua de la parte que iniciase el proceso, y debiendo encargarse la parte contraria de los servicios de un intérprete en caso de que fuera necesario. La denominación de «*landesübliche Sprache*» hacía referencia al lenguaje prevaleciente en un distrito determinado, lo que era especialmente beneficioso para la población germano-parlante concentrada sólo en algunos barrios. Con todo, las aspiraciones nacionales de la población checa demandaban la declaración del idioma checo como lenguaje oficial en todo el territorio del antiguo Reino de Bohemia (Bohemia, Moravia y Silesia), incluyendo los distritos alemanes.

Éste no era el único problema lingüístico al que el Gobierno central tenía que hacer frente. Así, el lenguaje en la administración debía ser también regulado en las distintas provincias, para lo que se estableció un lenguaje oficial entre las partes implicadas, entre las propias agencias gubernamentales y entre éstas y la administración central

<sup>3</sup> Robert A. Kann, *A History of the Habsburg Empire 1526-1918*, Berkeley, University of California Press, 1977, pp. 438-443.

de Viena. Debe pensarse que estas distinciones y regulaciones no eran un mero problema formal, sino que constituían una verdadera dificultad para el Imperio en cuestiones tan fundamentales como el funcionamiento del ejército, donde gran parte de los oficiales checos tenían un deficiente conocimiento del idioma alemán y la mayoría de los alemanes, bien por considerarlo poco elegante o, simplemente, por ser de poca utilidad, no tenían la más mínima noción de checo. Como momento culminante de esta crisis puede considerarse el frustrado decreto que el primer ministro Casimiro Felix, conde de Badeni, presentó en 1897 al Parlamento. Badeni, que antes fuera gobernador de la región de Galicia, había sido elegido para el cargo por el propio emperador para aliviar la ya delicada situación política. Este hombre de carácter resolutivo, en un arriesgado intento de establecer un compromiso que aliviara las tensiones existentes, quiso implantar el bilingüismo en la administración de las regiones de Bohemia y Moravia, cediendo así en una importante cuestión a las crecientes exigencias de los nacionalistas checos, decepcionados por no haber sido reconocidos como reino, al igual que Hungría, tras la guerra austroprusiana. Según el decreto de Badeni, a partir de 1901, cualquier funcionario que quisiera optar a una plaza en estas regiones debería dominar tanto el idioma alemán como el checo. Esto resultaba inaceptable para la población alemana de estos territorios, que deseaba mantener su situación de privilegio y cuyos miembros, como ya se ha mencionado, raramente dominaban la lengua checa. El decreto lingüístico de Badeni (*badenische Sprachverordnung*) motivó numerosas disputas en el Parlamento (tanto entre los alemanes como entre los nacionalistas checos que imponían nuevas exigencias) e incluso disturbios entre la población. Sucesivas manifestaciones populares tuvieron



lugar en Viena, Graz y Praga, fruto de un descontento ante la situación política que contribuyó al auge de las ideas pan-germanistas de Georg von Schönerer. Como consecuencia de estos frustrados intentos de reforma, Badeni fue finalmente destituido por el emperador en noviembre de 1897.<sup>4</sup>

El alcance de la repercusión de esta peculiar situación de conflicto entre tradiciones lingüísticas diversas en la sensibilidad artística e intelectual de los literatos y pensadores austriacos de 1900 es difícil de evaluar; si bien, como veremos a lo largo del presente volumen, se pueden encontrar indicios de su importancia en los escritos de algunas de las figuras intelectuales más representativas de este periodo. En este sentido resulta de gran interés el testimonio de Fritz Mauthner, quien, en sus memorias, incide en la difícil situación de los jóvenes nacidos en la región de Bohemia central. Este autor, periodista, narrador y crítico lingüístico se lamenta de haber sido educado en la lengua alemana sin haber poseído nunca un auténtico acento. Su alemán, «*ein papierenes Deutsch*» aprendido en los libros más que en el ejercicio vivo de la lengua, es sentido como un impedimento para el ejercicio literario. Esta carencia de una pronunciación propia es también, para Mauthner, una carencia de identidad comparable a su falta de profesión de una creencia religiosa, como consecuencia de su proveniencia de una familia judía no practicante. Se siente alemán y, sin embargo, no comparte verdaderamente ni la lengua ni la religión de este pueblo. Según el relato de Mauthner, este sentimiento de desarraigo es común a una gran parte de los alemanes habitantes en la región de Bohemia. Éstos,

<sup>4</sup> Para una información más detallada a este respecto, véase Berthold Sutter, *Die badenischen Sprachverordnungen von 1897*, Graz-Colonia, Böhlau, 1965.

cuando sienten la necesidad de adoptar un dialecto regional propio, se acogen con frecuencia a la pronunciación vienesa, lo que únicamente es conseguido a fuerza de afectación y amaneramiento. Esta tragedia idiomática, que tan decisivamente influiría en su propia obra, le lleva a afirmar:

[...] no puedo entender que un judío nacido en una de las regiones eslavas de Austria *no* se sienta impulsado a la investigación lingüística. En su infancia tuvo que aprender [...] simultáneamente tres lenguas distintas: el alemán como el idioma de los funcionarios, de la cultura, de la poesía y de las relaciones sociales; el checo como el idioma de los campesinos y de las muchachas de servicio, como la lengua histórica del glorioso Reino de Bohemia; algo de hebreo como la lengua santa del Antiguo Testamento y como fundamento para el *Mauscheldeutsch* que escuchaba utilizar a los cacharrereros judíos pero también, en ocasiones, a vendedores judíos bien vestidos de su entorno e incluso de entre sus parientes. El judío nacido en una región eslava de Austria debía ciertamente venerar igualmente el alemán, el checo y el hebreo como las lenguas de sus «antepasados». Y esta mezcla de idiomas completamente dispares en el común *Kuchelbömisches* y el todavía más común *Mauscheldeutsch*<sup>5</sup> hacían tomar conciencia al niño de ciertas leyes lingüísticas de préstamo y contaminación que no han sido todavía completamente comprendidas por la lingüística.<sup>6</sup>

<sup>5</sup> El «*Kuchelbömisches*» era la variedad lingüística utilizada por los señores germano-parlantes para comunicarse con sus sirvientes de origen checo, mientras que con el nombre de «*Mauscheldeutsch*» se hacía referencia a la pronunciación de la lengua alemana característica de los judíos.

<sup>6</sup> Fritz Mauthner, *Sprache und Leben. Ausgewählte Texte aus dem philosophischen Werk*, Gershon Weiler (ed.), Salzburgo y Viena, Residenz, 1986, pp. 31-32.